

1° En todas las criaturas **resplandecen las perfecciones de Dios**: su omnipotencia, sabiduría, santidad y bondad; de suerte que todas ellas se asemejan en cierto modo a la divina bondad. Y así dice la Escritura: «*Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos*» (Sal. 18 1). Con todo, en la creación inferior, esas perfecciones resplandecen sólo *como en un espejo*, sin que Dios reciba de ello ninguna gloria.

2° Para ello es necesario que otras criaturas superiores, los ángeles y los hombres, imitando más perfectamente a Dios, sean capaces de conocerlo a partir del resto de la creación, y de **dirigirle un himno de alabanza y glorificación**. De este modo, contemplando el esplendor del mundo, se remontan al conocimiento de su Autor, admiran la sabiduría de Dios, reverencian su majestad, aman su bondad, imitan su santidad y cantan su gloria.

3° Puesto que las perfecciones de Dios brillan más intensamente **en la criatura puramente espiritual** que en la corporal, ella es el principal intento de Dios al crear. Es más: cuanto más perfecta es una criatura, en mayor número la ha creado Dios; y así *el mundo angélico, con todas sus bellezas y perfecciones, es inmensamente superior a todo el mundo corporal*.

5° Libertad del acto creador.

El **Panteísmo** niega la distinción entre Dios y el mundo, explicando este último como una emanación de la substancia de Dios.

La doctrina católica enseña que **Dios creó el mundo libre de toda coacción externa y de toda necesidad interna, de suerte que pudo no haberlo creado**. Esta libertad de Dios manifiesta la trascendencia del Creador, que no sólo no se confunde con lo creado, como pretende el Panteísmo, sino que de ningún modo se impuso la obligación de crear movido por su bondad.

La Sagrada Escritura considera el acto creador como una libre determinación tomada por Dios: «*El Señor hace cuanto quiere en los cielos, en la tierra, en el mar y en todos los abismos*» (Sal. 134 6); «*según el propósito de Aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad*» (Ef. 1 11); «*digno eres, Señor, Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas*» (Apoc. 4 11).

Cualquier género de necesidad interna o de coacción externa sería incompatible con la absoluta plenitud de ser de Dios y con la perfecta autonomía que ella supone. De la bondad de Dios no puede deducirse el carácter necesario de la creación, porque el ansia de comunicarse, propia de la esencia de la bondad («*el bien es difusivo de sí*»), queda satisfecha ya por medio de las procesiones divinas trinitarias. La bondad de Dios le invita, sí, a comunicarse al exterior de manera finita, pero no le fuerza a ello.

Análisis del acto creador

Apenas hay dogma de nuestra fe que haya tenido tantos y tan variados adversarios como el de LA CREACIÓN DEL MUNDO POR DIOS. Siéndonos imposible mencionar todos los errores y herejías al respecto, nos limitaremos a indicar los principales, a medida que analicemos la doctrina católica sobre la creación, en la cual señalaremos: • la **omnipotencia** del acto creador; • su **sabiduría** infinita; • su **bondad** radical; • la **finalidad** perseguida por Dios al crear; • y la **libertad** de Dios al proceder a la creación.

1° Omnipotencia del acto creador.

El **Gnosticismo** afirma que el mundo material no fue creado por Dios, sino por uno de los eones de El emanados, que pecó de soberbia e inficionó de su malicia a todas las criaturas. A su vez el **Materialismo**, no admitiendo más que la materia y sus fuerzas (o la «energía», como se dice más modernamente), sostiene que nuestro universo es fruto de una evolución puramente mecánica de la materia, considerada eterna, la cual tiende siempre a perfeccionarse.

Contra estos errores, la doctrina católica define la creación como **la primera producción de todo el ser, hecho de la nada por la causa universal, que es Dios**. Se trata, por lo tanto, de la producción total de una cosa, y en nuestro caso, de toda la realidad existente.

«*Sea la luz. Y fue la luz*» (Gen. 1 3); «*El lo dijo, y todo quedó hecho; El lo mandó, y empezó a existir*» (Sal. 32 9). Basta que Dios lo quiera, para que las cosas empiecen a existir, y del modo como El las ha pensado y querido. Así se manifiesta cabalmente su omnipotencia.

1° Dios, al crear un ser, lo produce **en toda su realidad entitativa**, o sea en su esencia y en su existencia, en su materia y en su forma, sacando de la nada ambas cosas; a diferencia de los hombres y demás criaturas, que sólo pueden obrar modificando seres ya preexistentes.

2° La producción **total y absoluta** de un nuevo ser **a partir de la nada** supone un **salto infinito** del no-ser al ser, e implica **un poder infinito**, que supera por completo el poder limitado de cualquier criatura, tanto angélica como humana.

3° Infiérese de lo dicho que **sólo Dios puede crear**, y que este poder es tan exclusivamente suyo, que no puede comunicarlo a ninguna criatura: Dios no puede valerse de nada ni de nadie como instrumento de la acción creadora, ya

que el instrumento siempre ha de ejercer una acción propia, y nadie, fuera de Dios, puede tener como acción propia la de *dar el ser*.

2º Sabiduría del acto creador.

Un nuevo paradigma del Materialismo, la TEORÍA DEL CAOS, postula que nuestro mundo es fruto del caos, concebido como una realidad fundadora y auto-organizadora, a partir de las fuerzas contradictorias y complementarias que coexisten en su seno, y ofreciendo un universo grandioso, profundo, admirable.

Contra este delirio, la doctrina católica recuerda que la creación no sólo reclama la omnipotencia divina, sino también su sabiduría. *Todas las cosas existentes han sido cabalmente pensadas, según diseños y finalidades adecuadas a cada una de ellas, que hace que todas ellas se inserten armoniosamente en un concierto y orden general, sumamente sabio y regulado hasta en sus mínimos detalles, manifestando la inteligencia que las ha creado.*

La Sagrada Escritura enseña que «Dios hizo todas las cosas con sabiduría» (Sal. 103 24). Cuando creaba los mundos, la Sabiduría estaba junto a Dios como consejera: «El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, antes que sus obras más antiguas, antes que la tierra... Cuando asentó los cielos y trazó un círculo sobre la faz del abismo, cuando arriba condensó las nubes y afianzó las fuentes del abismo, cuando asentó los cimientos de la tierra y dio a las aguas el precepto de no rebasar las orillas, allí estaba yo, disponiendo con El todas las cosas» (Prov. 8 22-31).

1º Se dice que Dios crea con sabiduría por cuanto, al producir los seres, *se atiende a un ejemplar, a una idea*, que no es otra que su divina esencia, en cuanto que es participable de infinitos modos por la creatura. El grado y las modalidades de participación serán determinados por la sabiduría divina, en orden a manifestar las distintas perfecciones de Dios en su obra.

2º Según esto, Dios, *en su sabiduría*, contempla su esencia como parcialmente reproducible en infinitas participaciones ordenables a la existencia, a las que se llama *seres posibles*; y luego, *en su voluntad*, ordena algunos de estos seres posibles a *existir realmente*, según los modos, leyes y finalidades determinados en su sabiduría. Es este querer de Dios el que los saca de la nada y los hace existir de hecho.

3º Todo ser existente queda desde entonces limitado al *grado de perfección* que Dios ha querido asignarle, caracterizado por el *diseño* que de él ha hecho la sabiduría, sometido a las *leyes* convenientes a su naturaleza, y vinculado a los demás seres en un *ordenamiento* común.

3º Bondad del acto creador.

El Maniqueísmo postula dos principios supremos: el bueno o de la luz, regido por Dios, y el malo o de las tinieblas, que es la materia eterna, regida por Satanás. Una variante de este error, la herejía cátara o albigense, estableció dos principios eternos: el bueno, que creó el espíritu, y el malo, que creó la materia.

La doctrina católica enseña que Dios, al crear el mundo, no obró por indigencia ni propia utilidad (ya que nada podía acrecentar su infinita felicidad), sino *por un desbordamiento de su infinita bondad*, comunicando sus perfecciones a las criaturas. Este es el motivo por el que todas las cosas producidas a partir de la nada *salieron buenas* de sus manos.

Así lo indica expresamente la Sagrada Escritura en varios lugares: «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gen. 1 31); «toda criatura de Dios es buena» (1 Tim. 4 4). Y esta es asimismo la enseñanza constante de la Iglesia, que «firmemente cree, profesa y predica que el solo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles; el cual, en el momento que quiso, creó por su bondad todas las criaturas, lo mismo las espirituales que las corporales; buenas, ciertamente, por haber sido hechas por el sumo Bien, pero mudables, porque fueron hechas de la nada; y afirma que no hay naturaleza alguna del mal, porque toda naturaleza, en cuanto naturaleza, es buena» (CONCILIO DE FLORENCIA). «Esta Santa Trinidad es un único Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, por cuya bondad ha sido creada buena toda criatura» (SÍNODO III DE TOLEDO).

Dios, en su infinita sabiduría y bondad, de tal forma ha sabido y querido armonizar su propia gloria con la felicidad de sus criaturas inteligentes y libres, que estas criaturas encuentran su *propia salvación* precisamente *glorificando a Dios*, y son sumamente desgraciadas e infelices cuando se empeñan en apartarse de El. *«Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón anda inquieto y desasegado hasta que descanse en ti» (SAN AGUSTÍN).*

4º Finalidad del acto creador.

Es evidente que *Dios creó el mundo por algún fin preconcebido*, pues de otro modo no se seguiría de su acción un efecto determinado. También es patente que *este fin preconcebido por el cual Dios creó el mundo no puede ser otro que el mismo Dios*, pues la absoluta plenitud de ser de Dios y su infinita felicidad, que en aquella se funda, excluyen terminantemente que Dios, al crear, haya subordinado su acción a un fin distinto de Sí mismo.

La Sagrada Escritura nos enseña en múltiples pasajes que el fin de la creación es la glorificación de Dios: «Todas las cosas las ha hecho el Señor en razón de Sí mismo» (Prov. 16 4); «para mi gloria creé y formé Yo a todos cuantos llevan mi nombre» (Is. 43 7); «de El y por El y para El son todas las cosas; a El la gloria por los siglos. Amén» (Rom. 11 36); «Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, dice el Señor Dios» (Apoc. 1 8).

Esta glorificación de Sí mismo la consigue Dios manifestando sus perfecciones a través de todo lo creado, como lo enseña la Iglesia: «Este solo verdadero Dios, por su bondad y virtud omnipotente, no para aumentar su bienaventuranza ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por los bienes que reparte a la criatura, con libérrimo designio, juntamente desde el principio del tiempo, creó de la nada a una y otra criatura, la espiritual y la corporal, esto es, la angélica y la mundana, y luego la humana, como común, constituida de espíritu y cuerpo» (CONCILIO VATICANO I).